

Los neopopulismos latinoamericanos como reivindicación de la política

Por *Roberto FOLLARI**

UN FANTASMA RECORRE AMÉRICA LATINA: el del “populismo radical” o “neopopulismo”. Una izquierda que ha llegado al gobierno en diversos países del subcontinente y que se escapa de los moldes tradicionales de organización y discurso político, tanto de los que provienen de la democracia parlamentaria capitalista, como de los que ha canonizado tradicionalmente la izquierda revolucionaria.

¿A quiénes nos referimos? Digámoslo de una vez: a los actuales movimientos gobernantes en Venezuela, Bolivia y Ecuador, caracterizados por liderazgos personalistas fuertes, participación activa de movimientos sociales y rechazo del neoliberalismo económico y el liberalismo político; un aliado de los cuales es a su vez el gobierno kirchnerista en Argentina, versión también de dicho neopopulismo, aunque atenuada en su radicalidad ideológica (en los primeros tres se habla de socialismo, lo cual no es el caso argentino).

Estos movimientos han llegado a nivel de gobierno y son parte de la presencia de la izquierda latinoamericana en la cúpula de los Estados, configurando un presente que no hubiera soñado ni el más optimista y utópico de los militantes radicalizados. Brasil, el más grande país latinoamericano, está gobernado por Lula de Silva y el PT; Uruguay por la coalición que representa Tabaré Vázquez; Chile por la Concertación. A su vez, acaba de obtener su resonante triunfo una alianza de sectores populares en Paraguay con Fernando Lugo a la cabeza, cuya dirección política a mediados del 2008 aún no puede desentrañarse en detalle.

Lejos de mi intención está contraponer a los gobiernos neopopulistas con el resto de los gobiernos progresistas latinoamericanos: con sus diferencias de estilo y de radicalidad, colaboran todos a sedimentar una decidida mayoría de administraciones en el subcontinente que no son afines a los mandatos de Washington y que muestran un enorme potencial de construcción de una política alternativa al neoliberalismo aún reinante a nivel planetario.

* Profesor de la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina; e-mail: <robfolari@ciudad.com.ar>.

Incluso, fomentar la oposición entre unos y otros (neopopulistas por una parte, gobiernos de izquierda con raigambre liberal-parlamentaria por otra) es una permanente política del *establishment*, con la intención de fracturar las alianzas que puedan producirse como bloque de conjunto, tal como la de un organismo regional de defensa, propuesto a fines del mes de mayo del 2007 por el presidente Lula.

Incluso un gobierno muy moderado y apegado al libre mercado como es el de la Concertación chilena, ha tenido el cuidado de mantener una política de respeto y apoyo hacia Evo Morales en Bolivia, o se ha negado a aceptar presiones para una abierta condena a Hugo Chávez, por ejemplo, cuando en la OEA se le acusó de injerencia previa a las últimas elecciones presidenciales en Perú.

De tal manera, es de celebrar para un pensamiento emancipatorio, incluso con las reservas que puedan mantenerse sobre algunos de estos gobiernos, que ellos se hayan impuesto por sobre las derechas tradicionales y que den lugar a un mapa político regional absolutamente inédito, opuesto en gran medida a la directa hegemonía de Estados Unidos.

Aclarado este punto decisivo acerca de la necesidad de defender políticamente no sólo a las izquierdas populistas sino a todas las que han llegado al gobierno —sin por ello dejar de advertir sus problemas y limitaciones diferenciales en cada caso—, se hace necesario tipificar la *diferencia específica* que los gobiernos neopopulistas tienen con los demás (es obvio que el gobierno de derecha de Álvaro Uribe y el de un APRA reconvertido por Alan García quedan fuera de esta oleada emancipatoria en la región).

Está claro —y los organismos estadounidenses de defensa han sido explícitos al respecto— que los gobiernos neopopulistas constituyen su nuevo enemigo en el área. También está claro que las derechas prefieren a las izquierdas que no toquen los mecanismos de mercado —o al menos que no lo hagan con intensidad— y a las que sostengan los mecanismos parlamentario-representativos como modelo de funcionamiento *in toto*, de manera que la tradición liberal-parlamentaria del capitalismo occidental sea asumida sin modificaciones ni cuestionamientos.

Es por ello que Chile aparece siempre como la izquierda preferida por la derecha, tanto a nivel diplomático como periodístico, y que Uruguay y Brasil sean igualmente tenidos en cuenta, aunque quizá en menor medida (Brasil tiene importantes rasgos de independencia a nivel geopolítico además de ser una potencia económica, lo cual produce algunos resquemores de las derechas a su respecto). En el caso brasi-

leño el fuerte liderazgo de Lula, más la amplia participación de movimientos sociales —esto último se da también en Uruguay— muestran algunos rasgos en común con los procesos neopopulistas.

Digámoslo desde el comienzo: la noción de populismo refiere aquí a procesos de real viabilización de intereses populares. De ningún modo estamos usando la categoría a la manera peyorativa en que a menudo se la ha utilizado en la tradición política y politológica continental.

En ese sentido, la atención que el teórico Ernesto Laclau ha dado recientemente al tema del populismo,¹ retomando trabajos suyos de hace dos décadas, contribuye sin duda a tratarlo con la consideración que la cuestión merece. Laclau ha insistido en lo importante que es sacar a este fenómeno de las actitudes despectivas con que habitualmente se lo ha valorado.

Populismo y neopopulismo

EL fenómeno populista no es nuevo en Latinoamérica. Ha habido una considerable tradición al respecto que va de Lázaro Cárdenas en México a Juan Domingo Perón en Argentina, pasando por José María Velasco Ibarra en Ecuador y Víctor Paz Estensoro en la Bolivia de los años cincuenta. Por supuesto que ellos tienen diferencias entre sí, pero guardan una serie de rasgos en común que vale la pena enfatizar:

- 1) Remiten a un liderazgo personalista, fuerte y de rasgos carismáticos.
- 2) Muestran reservas hacia el parlamentarismo y también hacia el pluralismo en su versión de representación partidaria.
- 3) Remiten más a “movimientos” que a la forma-partido (estos movimientos, en la primera versión populista latinoamericana, tendían a ser unívocos, no representación de variados “movimientos sociales autónomos” como ocurre actualmente).
- 4) En gran medida, su configuración se dio desde el poder del Estado, es decir, siendo gobernantes sus líderes.
- 5) Sostienen posiciones nacionalistas y tendencialmente proponen a la propia identidad como representativa de la nación frente a poderes externos.
- 6) Sostienen una defensa del pueblo como entidad plebeya frente a las élites económicas, políticas y culturales, asumiendo cierto rechazo de lo ilustrado.

¹ Ernesto Laclau, *La razón populista* (2005), Soledad Laclau, trad., Buenos Aires, FCE, 2008.

7) La representación del “pueblo” resulta siempre policlasista, y promueve una identidad colectiva inexistente antes de que el discurso populista irrumpiera.

No pretendemos ser exhaustivos, pero creemos que estos rasgos resultan suficientes para que se entienda de qué hablamos cuando nos referimos al populismo (del cual el neopopulismo es una continuidad, con algunas diferencias ideológicas y organizativas parciales). De esta enumeración pueden tomarse tres conclusiones de importancia:

a) No resulta válida esta noción de populismo para hacer referencia a los *farmers* de Estados Unidos o al populismo ruso con el cual dialogara Carlos Marx; la categoría no va aplicada a *cualquier* forma de organización política que se establezca bajo la apelación a la categoría de “pueblo”, sino a aquellas que se han producido desde el Estado, y que han llegado al gobierno del mismo.

b) Estamos hablando de un fenómeno que no es exclusivamente latinoamericano (casos como los gobiernos de Nasser, Nerhu o Sukarno —propios de los años cincuenta del siglo anterior— pueden entenderse bajo este concepto), pero que no parece compatible con el capitalismo avanzado, al menos desde su proceso de modernización acelerada en las décadas sesenta y setenta del siglo xx; estamos ante un fenómeno propio de las formaciones sociales del capitalismo periférico.

c) No hemos definido el término populismo (como lo pretende Laclau),² pues ello no es en absoluto pertinente. La noción de “definición” epistemológicamente se opone a la de “determinación” propuesta por la dialéctica marxiana (lo real como síntesis de múltiples determinaciones). A su vez, un lógico como Putnam ha mostrado claramente que una clase lógica (es decir, un concepto que reúne a una serie de casos bajo la misma denominación) no puede agotarse en definición alguna, sino que se sostiene en una serie limitada de rasgos, los cuales a menudo no son cubiertos en exhaustividad por la mayoría de los ejemplares que entran dentro de dicha clase.³

Los populismos iniciales apelaron a cierto nacionalismo, pero no siempre fueron antiimperialistas. Plantearon alianzas de clase internas, entendidas en términos de “nación”; dichas alianzas a menudo incluyeron a las burguesías nacionales junto a obreros y campesinos, cuando no a alguna parte de las oligarquías criollas tradicionales. Y la hegemonía ideológica en ningún caso se allegó a las clases oprimidas en términos de socialismo; por el contrario, en algunos casos —el peronismo

² *Ibid.*, p. 15.

³ Hilary Putnam, *El significado de “significado”*, México, UNAM, 1984 (*Cuadernos de crítica*, núm. 28).

histórico es ejemplar al respecto— se buscó oponerse al mismo, promoviendo un capitalismo redistribucionista.

Sin embargo, el rasgo de ser un movimiento de masas que representaba lo nacional frente a los poderes extranjeros siempre estuvo presente junto a la defensa plebeya del “pueblo” contra las élites tradicionales, al menos en el nivel de lo discursivo explícito. El rechazo de la oposición como parte de esos poderes internacionales fue también un importante rasgo de estos fenómenos políticos, en lo cual quedaba expresa una repulsa a las formas del pluralismo representativo liberal.

En aquella época, versiones como la del sociólogo Germani entendieron el populismo como una respuesta reactiva de los sectores obreros y campesinos a la modernización social. Sin duda se advierte en este fenómeno un rechazo a las mediaciones políticas —tal como se las entiende en el sistema parlamentario—, las cuales son impersonales y abstractas, propias de los criterios burocráticos necesarios a la modernización. Pero de ello no se sigue ninguna valoración necesariamente negativa de esa situación: sólo quien toma la democracia representativo-parlamentaria como modelo perfecto e irrebalsable de sistema político puede asumir que para una sociedad con rasgos propios, no pueda haber modulaciones y diferencias en la conformación de dicho sistema político.⁴

Los populismos tradicionales respondieron al momento histórico en que las burguesías nacionales estaban en proceso de conformación o aún no existían; la posibilidad de un “capitalismo de corte nacional” que cerrara la economía centrándose en el mercado interno, era evidente. Esa condición desapareció en la medida en que el capitalismo multinacional se instaló progresivamente por vía de las grandes empresas y la globalización económica desde los años noventa y el peso del Estado se fue achicando para generar una política económica autónoma. En tales condiciones pareció que el populismo estaba enterrado para siempre, pues habían desaparecido las condiciones que en su momento lo posibilitaron.

La aparición del neopopulismo ha mostrado que las condiciones de clase no eran suficientes para delimitar la posibilidad del fenómeno. Lo que Laclau enfatiza —la remisión a lo discursivo/ideológico— es lo que tipifica al populismo en todas sus formas (las anteriores y las actuales), y en ese espacio debemos pensar las condiciones que han permitido la reaparición del fenómeno.

⁴ Roberto Follari, “La falacia de la democracia parlamentaria como modelo irrebalsable”, en Hugo Biagini y Arturo Roig, comps., *América Latina hacia su segunda independencia*, Buenos Aires, Aguilar/Altea/Taurus/Alfaguara, 2007.

Pero para nosotros lo discursivo no demarca la forma de lo real, separándonos en esto de Laclau;⁵ sostenemos la inherencia de lo discursivo a espacios sociales de emisión y recepción, de manera que lo social sigue siendo —en su materialidad entendida en términos de Marx— el suelo necesario de análisis que permita entender la emergencia de un fenómeno de orden ideológico.

Laclau ha sostenido coherentemente que lo discursivo no puede ser derivado de lo real-social, ni reducido a ello. Evitar la reducción del ámbito de lo simbólico-ideológico al de la materialidad socioeconómica es sin lugar a dudas un acierto que ya lleva muchos años de establecido en el pensamiento de la izquierda a nivel mundial. Pero de ello no se deduce una posición que se ubique en el polo contrario y que simplemente invierta la relación: según ese supuesto, lo material-social podría derivarse del análisis de lo discursivo, o sería coextensivo a éste. Lo cual no nos parece aceptable ni en lo ontológico ni en lo epistemológico.

En lo ontológico sostenemos la exterioridad de lo real al discurso, aun cuando sea obvio que sólo al interior de lo discursivo nos hacemos partícipes de lo real. Que no podamos captar lo real sin lo discursivo de ninguna manera supone que el discurso sea el que establezca la forma de lo real, y menos aún que esto exista moldeado exclusivamente desde el campo de lo discursivo. La sociedad existe en sus relaciones de clases, etnias, géneros y grupos, y el discurso se entiende al interior de dichas condiciones sociomateriales, y sólo al interior de ellas.

En lo epistemológico entendemos que oponerse a la noción de determinación de lo simbólico por lo socioeconómico (por la organización social de la actividad económica), no significa que esto último no ponga restricciones al campo de lo simbólico. Lo real-social no determina pero sí condiciona lo discursivo; ello, incluso en la medida en que esto último es un nivel de existencia de lo real/social mismo. De tal manera, no reducir lo discursivo a lo social no implica negar que lo social existe como condicionante, como espacio que pone límites y restricciones a lo discursivo. De lo contrario se corre el riesgo de caer en el absurdo de suponer que la toma de posiciones ideológicas es por completo arbitraria con respecto a la posición material de clase (y/o la de etnia, género etc.). Ello llevaría a imaginar que la burguesía podría ser la protagonista de una revolución antiburguesa, por ejemplo; sería así, si hiciéramos caso a la idea de una radical contingencialidad de lo discursivo y su capacidad de interpelación ideológica hacia los sujetos (esta última frase según el lenguaje del primer Laclau).⁶

⁵ Laclau, *La razón populista* [n. 1], pp. 91ss.

⁶ Ernesto Laclau, *Ideología y política en la teoría marxista*, México, Siglo XXI, 1983.

Ahora bien, volviendo a nuestro hilo principal: ¿cuál sería la *diferencia específica* de los actuales neopopulismos?, ¿en qué se distancian de los populismos anteriores? En primer lugar, han surgido en condiciones sociopolíticas diferentes; ya no pueden apostar al “desarrollo nacional” del mismo modo que antes, y por ello se hace necesaria una mayor radicalidad en las reformas socioeconómicas propuestas.

Además, recordemos que se trata de un fenómeno *ideológico*. Como tal, surge luego de los reveses que en los años setenta sufrieron los procesos que quisieron ser revolucionarios en Latinoamérica: los golpes de Estado en Chile y Uruguay, la feroz dictadura argentina, el acallamiento de las guerrillas en Centroamérica, el derrocamiento de Juan José Torres en Bolivia y el reemplazo de Juan Velasco Alvarado en Perú. Los sospechosos accidentes que condujeron a la muerte a Jaime Roldós y a Omar Torrijos. Más el posterior entronizamiento neoliberal, con los desastrosos resultados en aumento de la pobreza, el desempleo, la indigencia y la desocupación.

Por tanto, se trató de ser radicalmente antiliberales y de recoger el legado de las luchas revolucionarias brutalmente acalladas en los años setenta. En ese sentido se entienden los procesos judiciales a quienes manejaron secuestros y campos de exterminio en Argentina, tanto como la recuperación de la memoria de las víctimas de la represión en Venezuela. Se han tratado de retomar las banderas de los años setenta con nuevas modalidades de ejercicio de la política, que no pasan hoy por la lucha armada como entonces, sino por la reconstitución del pacto entre la política y la población —destrozado por la calamidad neoliberal— y por la asunción de banderas radicales de cambio; específicamente el socialismo, mayoritariamente ausente en el populismo latinoamericano del siglo anterior.⁷

También cabe destacar la presencia de los llamados “nuevos movimientos sociales”, los cuales no tenían preponderancia tan fuerte en los populismos iniciales, en tanto su consolidación es —al menos en algunos casos— reciente. Tales movimientos producen una forma de representación ampliada de los nuevos populismos en comparación con los primeros, pues promueven una relación directa con las bases de movimientos indígenas, regionales, de mujeres, ambientalistas etc. Ello enriquece la pluralidad de los neopopulismos, pero a la vez agrieta la tendencia ideológica unificante que era propia de los populismos

⁷ Incluso en el caso argentino, Néstor Kirchner ha tenido una postura claramente más a la izquierda que la de Juan Domingo Perón. Ello remite a su formación en la radicalizada Juventud Peronista de los años setenta, véase Fernando Amato y Christian Boyanovsky, *Setentistas (de La Plata a la Casa Rosada)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008.

tradicionales; erosiona en alguna medida el poder de convocatoria unívoco que suele adscribirse al líder general del movimiento como un todo, a la vez que propone una difícil gramática de negociación de las diferencias entre las diversificadas demandas, reivindicaciones y tradiciones de cada uno de estos grupos dentro del conjunto representado gubernativamente.

El tratamiento peyorativo

ERNESTO LACLAU lo establece muy bien: el populismo en todas sus formas ha sido objeto de un trato despectivo y de rechazo, no sólo en las prácticas políticas de los sectores hegemónicos y de las oposiciones “ilustradas”, sino también en la teoría política, perteneciente a la *intelligentsia*.⁸

Se ha asumido a este fenómeno como irracional, fruto de todos los males que surgen de la oposición semántica “intelectual vs emocional”, o “racional vs irracional”. Siempre se otorgó al populismo el segundo de estos términos en esa imaginada oposición, de por sí brusca y primaria, pues racional no es sólo aquello que se realiza premeditada y reflexivamente, sino todo lo que podamos justificar argumentativamente, ya sea llorar ante el sufrimiento, golpear a alguien por autodefensa etcétera.

Laclau rastrea este trato despectivo en las obras de Gustave Le Bon y Gabriel Tarde sobre la “psicología de masas”, y la idea de que éstas funcionaban por sugestión e imitación, en oposición a la condición de transparente racionalidad en que actuarían los sujetos individuales. De tal manera, se achaca al populismo toda la supuesta gama de errores propia de las masas incultas y proclives a la influencia externa: seguimiento de cualquier liderazgo, tendencia a la violencia, incapacidad de autocomprensión, carencia de matices, tendencia al fanatismo etcétera.

No está de más recordar aquí la primitividad de toda esta psicología precientífica de comienzos del siglo xx, cuyo eurocentrismo (la idea de sujeto fundante y consciente en clave cartesiana) no es difícil de advertir. Parece que los sujetos en soledad fueran inmunes a las influencias, no manipulables, intrínsecamente autorreflexivos. Y a su vez, cuando la población se junta, sería inherentemente autoritaria, sugestionable, violenta e irreflexiva.

⁸ Laclau, *La razón populista* [n. 1], p. 31.

Insistimos nuevamente en que lo emocional no debiera pensarse en clave opuesta a lo racional; es cierto que en situaciones masivas cada sujeto está sometido a condiciones de alto contenido afectivo (por cierto, también lo está en algunas condiciones solitarias, o bajo la influencia actual de los medios masivos). Pero es falso que no pueda justificarse argumentativamente (antes o luego del momento de alta eclosión emocional) por qué se estuvo en una manifestación masiva, por qué se cantó o arengó allí, por qué se cree que el líder del movimiento deba ser seguido etc. La gente en una situación masiva está junta, pero no lo está en el momento previo a ese encuentro multitudinario, de modo que no puede achacarse a emocionalidad el momento personal en que se toma la decisión de concurrir. Dicho esto para rechazar las concomitancias de “irracionalismo” que suelen adscribirse a todo lo masivo (y al populismo, que a menudo se asienta en concentraciones populares masivas), debemos señalar que Laclau propone que lo populista no señalaría un tipo determinado de sistema político, sino a un rasgo que corta transversalmente cualquier forma de ejercicio de la política.⁹

No estamos totalmente de acuerdo con esa afirmación; que el rasgo populista esté presente en forma secundaria en otras formas de acción política diferente de los movimientos populistas, no significa que no puedan distinguirse como tales a aquellos que ejercen esta modalidad como su principal rasgo distintivo. De tal manera, puede haber —y creemos que es así— movimientos populistas, por una parte, y, por otra, rasgos populistas en movimientos que no lo son.

Esto último remite a la agonística política o conflictividad bipolar propuesta por el populismo en lo político, diferente del consenso pluralista propio de las democracias de raigambre liberal. Contra el “pactismo” que en filosofía política propone las reglas del acuerdo como constitutivas de la politicidad, entendemos que esta última remite más bien a relaciones de fuerza previas a todo acuerdo posible y configuradoras de la forma que éste pudiera alcanzar, según puede desprenderse de Marx por un lado, o de Carl Schmitt por el otro —en antípodas ideológicas. De tal modo, no sólo el populismo sino también las formas guerreristas de entender lo político (propias de las derechas totalitarias, pero también de las izquierdas revolucionarias) abrevan de esta tradición, que propone que no existe una forma *a priori* de pacto democrático a la cual pueda adscribirse la política en general.

⁹ *Ibid.*, p. 10.

Creo que es excesivo, entonces, entender el antagonismo político exclusivamente como rasgo populista. Incluso cabe afirmar que tal rasgo está presente en alguna medida dentro de cualquier política posible, ya que por más “ética de la responsabilidad” universalista que alguien asuma, necesariamente al hacer política debe intentar triunfar por sobre los otros y oponerse a ellos. En este sentido, la política pluralista-liberal esconde los dientes y las garras de las luchas intestinas que el sistema político sostiene a su interior para pretenderse impoluta, suponiendo que el antagonismo fuera una lacra de la cual hay que deshacerse, y adscribiéndolo siempre a los sectores populistas.

Siendo así, la forma brutal en que las oposiciones latinoamericanas (muy mayoritariamente de derechas) hablan y actúan en contra de los procesos populares y populistas actuales en la región, siempre es adscripta por ellos a la supuesta conflictividad producida por esos procesos. La oposición es brutal sólo porque los gobiernos populistas son brutales, se sostiene. De tal manera, la apelación al lenguaje de consensualismo pluralista —en los hechos— sirve para antagonizar de manera binaria contra los gobiernos populistas, y obrar en espejo con éstos, cuando no aumentando la potencialidad de los ataques, pues estas oposiciones cuentan a su favor con la mayoría de los medios masivos, así como con el apoyo de los grandes popes económicos del empresariado.

El democrático populismo vs las antidemocráticas “democracias”

CONOCEMOS la virulencia, pertinacia y maniqueísmo del ataque vía medios masivos a los procesos populistas latinoamericanos en curso; quienes vivimos en alguno de los países en que tales procesos se desarrollan, no tenemos dudas al respecto. Nos encontraríamos ante gobiernos “hegemonistas”, tendencialmente totalitarios, antidemocráticos, poco respetuosos de las libertades, que atropellan a las minorías, que no aceptan a quienes piensan diferente etcétera.

Dejemos de lado el comportamiento de las oposiciones políticas y gran parte del periodismo que, como acabamos de afirmar, en nombre de combatir estos reales o supuestos males, los cometen en igual o mayor medida, con lenguajes destemplados y satanizantes. Veamos si es válido considerar poco democrático el andamiaje político populista.

Uno de los primeros rasgos que asoma es que el nuevo populismo (y en esto con cierta distancia del anterior) ha estado alejado de lo represivo. En el caso argentino los piqueteros han cortado rutas sin ser

desplazados (el gobierno es aliado de varias de sus agrupaciones, aunque hay otras que se mantienen en la oposición); e incluso un movimiento de propietarios agropecuarios en curso en mayo del 2008 ha gozado de impunidad por un considerable periodo del conflicto, para cortar cientos de rutas mientras tilda al gobierno de supuesta intolerancia. En Venezuela los crímenes por delincuencia común siguen siendo muy numerosos, sin que el gobierno acepte asumir una política “dura” al respecto. Vale la pena subrayar este rasgo porque toda la prensa de derecha tiende a disimularlo: la supuesta tendencia autoritaria de los gobiernos neopopulistas queda disuelta a la hora de determinar en cuántos casos apeló a la represión directa, como sí apelan habitualmente los grupos ideológicos que acusan de intolerante al neopopulismo.

Otra cuestión de importancia es que se han garantizado condiciones de libertad a grupos habitualmente perseguidos y proscritos, así como se ha procesado —en el caso argentino— a quienes violaron derechos humanos durante la última dictadura. Estos rasgos de colaboración muestran la salud institucional de los países de que se trata, los cuales no sólo no son reconocidos por las oposiciones políticas, sino que es obvio que éstas en ningún caso hubieran sido capaces de sostenerlos ni llevarlos a cabo.

En otra parte he desarrollado largamente el argumento en relación con la cuestión democrática, por ello esta vez seré breve al respecto.¹⁰ El neoliberalismo presenta la democracia parlamentaria con división de poderes, como si fuera una forma universal y *a priori* de sistema político racional y cuasi perfecto, al cual debe rendirse cualquier sistema político real, válido sólo en la medida en que se semeja a él.

Dejemos de lado el que la crítica no se aplique cuando el sistema político funciona abiertamente en contra de los principios democráticos, pero se declara a favor de ellos y del ejemplo de la democracia capitalista estadounidense (es el caso de Álvaro Uribe, que cambia la constitución para reelegirse y tiene a muchos de los parlamentarios de su partido procesados por relación con los paramilitares). ¿Son antidemocráticos los gobiernos populistas? ¿En qué sentido se hace esa afirmación?

Por una parte, se insiste en la mediación partidaria y parlamentaria: aquello que de asambleístico y de movilizaciones de masas existe en los populismos es presentado como rango no admisible de participación política.

¹⁰ Follari, “La falacia de la democracia parlamentaria como modelo irrebalsable” [n. 4].

No se ve, sin embargo, por qué sería negativo que exista relación directa entre un líder y sus seguidores, o por qué la abstracta (en tanto que mediada) forma de representación parlamentaria habría de ser la única válida. Por el contrario, es más factible la expresión y la llegada de las demandas por vía populista, a la vez que la única efectiva para amplios sectores sociales separados de la escritura y de los modelos burocráticos de llegada a los estrados parlamentarios. Por supuesto, lo que hace pensar que estas modalidades no serían democráticas es el prejuicio ya referido contra lo masivo, y contra las manifestaciones que se le asocian.

Lo dicho no significa —por nuestra parte— suponer que los parlamentos, cuando cumplen cabalmente su función, no tengan una actividad específica que cumplir. Implica solamente que no tienen por qué aparecer como el único modo de representación, habitualmente alejado de referendos, consultas populares y otras posibilidades de intervención que han sido abiertas por los neopopulismos.

Por otro lado, es sabido que el neoliberalismo hizo propaganda a favor de la inherente relación entre libre mercado y democracia; para esta versión, sólo hay democracia si hay libre mercado, y donde hay libre mercado debe entenderse que hay democracia. Serían —según esta aviesa posición— las dos caras de una única moneda.

Puede demostrarse que tal planteamiento es claramente falso, para lo cual basta con señalar la absolutización del libre mercado —con Milton Friedman como consultor— en el gobierno dictatorial de Pinochet. Por otro lado el libre mercado no produce ni fomenta igualdad o equidad en la distribución económica, con lo cual contribuye a lanzar a la marginalidad social a millones de individuos, quienes a partir de esa situación están imposibilitados objetivamente de cumplir con alguna condición de sujetos de derechos y de ejercicio de ciudadanía.

Sin embargo, está altamente impuesta la idea de que quienes se oponen al libre mercado estarían con ello afectando a la democracia. Es una de las razones por las que un gobierno como el chileno es percibido como tan prístinamente democrático mientras el venezolano es execrado permanentemente, como si fuesen el blanco y negro de contraste en una fotografía.

De tal modo, la noción de democracia es usada como simple máscara para que los intereses de las multinacionales no sean tocados. Y ello se ejerce, incluso, también de una manera más sutil, por vía de reivindicar el parlamentarismo puro. Esto último ya no parece defensa del libre mercado, sino —incluso para algunos de manera sincera— simple defensa del pluralismo partidocrático-parlamentario. Se trata

de defender una forma de sistema político donde exista escasa concentración de poder, y donde la oposición tenga fuerza y reconocimiento. En tanto el populismo no suele implicar estas situaciones, se lo entiende como peligroso y destructivo para con la democracia.

Esta actitud es muy común en los medios masivos latinoamericanos y ha alcanzado un amplio y mayoritario consenso. No es fácil —a nivel masivo— desconstruir esta noción, pero sí pretendemos refutarla conceptualmente: el poder no es igual al gobierno ni al sistema político. Existen los *poderes fácticos* que siempre han sido fuertes y que actualmente lo son más que en el pasado.

Señalemos dos que han crecido enormemente en peso relativo dentro de la globalización: las empresas multinacionales con su fluidez de movimiento de capitales y los medios masivos con su invasión total y permanente del universo personal de las significaciones.

Nadie eligió estos poderes ni pertenecen al sistema político, pero ejercen. Son fuertes y pueden producir extraordinarias presiones sobre gobiernos y opinión pública. Son poderes ajenos al gobierno y, en los casos populistas, contrarios mayoritariamente a esos gobiernos. Representan intereses económicos altamente concentrados que no se resignan a redistribuirse entre otros sectores de la población. A dichos poderes se agregan otros como la diplomacia de las grandes potencias (especialmente Estados Unidos, por supuesto), y el peso de la Iglesia, sumamente fuerte en la mayoría de los países latinoamericanos en la medida en que la creencia religiosa mantiene una vigencia que parece en gran parte inmune a las críticas que pueda hacerse hacia los dignatarios eclesiales.

Ahora bien, si un gobierno tiene poder político escasamente concentrado. ¿Podrá hacer algo para doblegar a esos poderes fácticos? Seguramente no. Los gobiernos neoliberales iban a favor de tales intereses, por eso no encontraban problema en la situación de que su poder político autónomo fuera escaso.

Pero para gobernar en serio, y no simplemente seguir la voluntad de los poderes fácticos establecidos y no elegidos democráticamente, se requiere cierta concentración de poder político. Esto no es un capricho antidemocrático, ni una imposición contra el pluralismo: es la condición mínima para luchar con alguna probabilidad de éxito para que la política exista y no sea esclava de la economía y el mundo de las instituciones establecidas.

En cambio, el “sano pluralismo” es, a menudo, segura base para la imposibilidad de cambiar nada desde la política y para abdicar ante los poderes fácticos, que son los efectivos gobernantes en las denomina-

das democracias capitalistas. En nombre del pluralismo se llama a la inacción y a la burla de la voluntad mayoritaria expresada en las urnas, condenando a los gobiernos a la impotencia y la imposibilidad de realización.

El neopopulismo, entonces, es el retorno de la política frente a su rendición previa a los poderes establecidos. Es el volver a poner la voluntad colectiva en un lugar de posibilidad de ejercicio de poder, contra la impotencia política buscada cuidadosamente por el neoliberalismo (no en vano para éste la política es considerada un mal), el cual dejaba el poder en los ciegos mecanismos del mercado.

Valorar lo democrático

POR cierto, las izquierdas latinoamericanas hoy, al igual que casi toda la población, valoramos altamente la democracia genuina. Suficientemente se sufrió durante las dictaduras como para dejar muy claro que la democracia parlamentaria y los derechos civiles son limitados, pero constituyen espacios efectivos de límites a la arbitrariedad o la violencia.

En consecuencia, no estamos abogando por dejar fuera al parlamento ni a la oposición política: de hecho, ellos existen en todos los regímenes neopopulistas, salvo algún caso excepcional donde su desprestigio previo fue enorme.¹¹ No se trata de eliminarlos, sino de evitar su absolutización. Son parte necesaria de nuestros procesos políticos, pero no tiene por qué pretenderse —en su nombre— que un liderazgo popular personalista sea antidemocrático, o que si un gobierno consigue un amplio apoyo de la población que le dé mayoría parlamentaria signifique alguna forma larvada de totalitarismo.

En realidad, las libertades cívicas han sido más respetadas durante los neopopulismos que durante otros procesos políticos. En Venezuela, se quiso acabar con el gobierno de Chávez por vía de una cláusula constitucional existente sólo gracias al gobierno de Chávez. El cierre de un canal televisivo probablemente hubiera ocurrido mucho antes en cualquier otro régimen (si no lo hacen, es porque están a favor de los mismos intereses que los dueños de los canales y nunca han sufrido sus ataques). En Argentina, la no censura de prensa y medios es absoluta, a pesar de las quejas de los dueños de los medios por las críticas que reciben desde el gobierno. Ante estas situaciones, el ataque a los nuevos gobiernos se sustenta en gran medida en el desprestigio de la polí-

¹¹ El parlamento fue cerrado en el caso ecuatoriano, tras la llamada a la Asamblea Constituyente como plenipotenciaria.

tica que fue ganado por los gobiernos anteriores, cuyos personeros hoy hacen la oposición. Es decir, éstos descargan su propio desprestigio en los nuevos gobiernos y confunden a algún sector de la población con cadenas de correos electrónicos, campañas mediáticas etc., donde se ridiculiza a los gobernantes actuales con base en el previo descrédito de la política (ese descrédito contra el que, justamente, se han constituido los gobiernos neopopulistas).

También es cierto que los movimientos populistas tienden a expresar la nación en su conjunto como identidad, de tal modo que albergan una capacidad de avance en la población que alarma a sus adversarios de los partidos políticos. Pero por supuesto, tal logro es un imposible, pues hay sectores que siempre serán renuentes a partir de sus propios intereses; además de que la pluralidad y la contradicción se trasladan al interior del propio movimiento neopopulista, con lo cual el pluralismo inevitablemente renace, sólo que lejos de los intereses de los políticos opositores.

No se advierte, entonces, que el populismo sea algún peligro para la democracia. En varios sentidos, profundiza el ejercicio de la misma. En cuanto a derechos sociales y económicos, la ensancha hacia nuevos espacios. Y en cuanto a pluralismo, éste se mantiene en los parlamentos, pero sobre todo por la posición de los medios masivos y los demás poderes establecidos. Es notorio que éstos, en la medida en que están organizados en torno al privilegio, son y serán adversarios de los neopopulismos y ejercerán poderes alternativos *de hecho*.

La revuelta plebeya

Es cierta la afirmación de Ernesto Laclau según la cual la identidad colectiva neopopulista se produce por la convocatoria discursiva de los líderes, y no tiene una existencia previa que pudiera adscribirse a la clase social de sus componentes, o a algún otro factor que la precediera.

Sin embargo, como ya hemos señalado, no cualquiera se siente convocado desde la posición neopopulista. No cualquiera se identifica con el lenguaje y con los usos “plebeyos” de la política que allí se ejercitan. Es evidente que las clases más acomodadas, al menos mayoritariamente, no participarán de la identidad neopopulista.

Hay ciertos “límites de clase” para participar de esta propuesta que implica alianzas de clase a partir de la categoría más general de “pueblo”: en eso se sigue la tradición del primer populismo. Esta particularidad da más fuerza y representatividad social a la convocatoria (la clase obrera es obviamente minoritaria en nuestros países, y en algu-

nos, como Argentina, ha disminuido su presencia en las últimas décadas); a su vez, la hace menos precisa en lo ideológico, lo cual es una precondition de su amplitud política de aceptación.

Por cierto, en los anteriores populismos, la pluralidad de sectores convocados, siempre implicó que los intereses de los sectores populares y obreros quedaran subordinados al de sus aliados: burguesías nacionales o sectores minoritarios del capital trasnacional.

En el caso venezolano, ecuatoriano y boliviano, el neopopulismo intenta incluir en la alianza a los sectores populares como su eje vertebrador, y desde allí se convoca a una forma nueva de socialismo. Forma que, por cierto, habrá que delinear en su complejidad frente a la organización económica y militar planetaria dominante, pero que al realizarse en varios países a la vez, tiene cierta posibilidad de éxito. En el peor de los casos, lograrían mejorarse las condiciones de los sectores populares y marginales dentro del capitalismo vigente.

Lo cierto es que el neopopulismo implica la presencia en la política de los desheredados, los abandonados, los condenados de la tierra. Es el retorno de su voz reprimida y de su espacio negado, y desde ese punto de vista se vuelve intolerable y peligroso para la política de los opresores. No en vano es la beligerancia y la implacable tenacidad opositora de los mismos. Debemos hacer hincapié en que se trata de movimientos refundadores, que llegan a reconfigurar estructuralmente la política luego del total fracaso de la misma en el modelo neoliberal. El actual auge popular en los gobiernos latinoamericanos no es casual: el sufrimiento extremo de amplios sectores de la población durante las sedicentes democracias neoliberales de los años noventa sembró la semilla para el encumbramiento de diversas formas de izquierda en el poder gubernativo.

Quizá en tiempos posmodernos no haya espacio para las formas clásicas de la revolución social. Pero tras la vorágine han surgido estos gobiernos que son la nueva forma de la revuelta plebeya en el subcontinente. Todos provienen del colapso del anterior sistema político: Gonzalo Sánchez de Losada no podía contener ya la protesta social, el caracazo había arrasado con adecos y democristianos en Venezuela; la salida de Jamil Mahuad había sido acompañada de la rebelión indígena en Ecuador; la Argentina de diciembre del 2001 había marcado el final de una época... incluso en México el final del PRI en el gobierno, y el surgimiento del zapatismo terminarían en la gran elección presidencial en la que participó Andrés Manuel López Obrador, donde su supuesta derrota por mínima diferencia ameritó fuertes denuncias de fraude. Antes de la irrupción neopopulista, sucedió en todos los casos

el colapso del sistema político anterior. Tales hechos han dado el espacio para la fuerte posibilidad de transformación en que los gobiernos neopopulistas se empeñan.

Por ello la apertura a las asambleas constituyentes en varios de estos países. Luego de la caída de la hegemonía neoliberal llegó el espacio para una refundación general de la política y del Estado. Un Estado que ya no será más desertor, y una política que no renuncia a su función de orientadora general de la sociedad. Ciertamente que no es poco desde nuestra golpeada Latinoamérica, cuando en el resto del planeta no se advierten visos importantes de opciones políticas que abandonen el hegemonismo capitalista. Excepción a nivel mundial que no debemos dejar de advertir en su importancia, pero también en su vulnerabilidad: los ataques a Evo Morales con el pretexto de la autonomía no cesan, y muestran una vez más la necesidad de que los sectores populares respondan con capacidad de aunar y articular sus intereses, aún desde sus especificidades y sus diferencias.